



PASO 2009

(REPRESENTADO EN LA PARROQUIA SANTA ROSALÍA EL MIÉRCOLES SANTO 8 DE ABRIL DE 2009)

Aparecen dos discípulos en la habitación, aparentemente nerviosos, van de un lado a otro con rapidez poniendo la mesa o haciendo lo que sea. Al fondo, discretamente apartada, la Virgen María acompañada de María Magdalena.

Disc.1: (*crispado*) En este agujero no tardaremos en consumirnos como velas. ¿Por qué no estamos ahí fuera haciendo lo que se nos encomendó?

Disc.2: (*Como si alguien pudiera oírles*) Calla. Nosotros ya no podemos hacer nada. En la ciudad se nos busca para acabar con nosotros. ¿No recuerdas lo que dijo el Maestro "heriré al pastor y se dispersarán las ovejas"?

Disc.1: Cuando quieres bien te acuerdas de lo que dijo...

Disc.2: No es eso. Eres muy injusto. Pero tenemos que esperar.

Disc.1: No hay nada que esperar. No puedes vivir de promesas, sino de hechos. Además todos somos injustos con Él porque...

(Alguien llama a la puerta. Los dos se quedan parados, sin saber qué hacer, mirando hacia la puerta. Llaman con más insistencia. El Discípulo 1 va hacia la puerta)

Disc.2: ¡No! ¿Qué haces? No abras la puerta. Pueden ser los guardias del Sanedrín, o los romanos.

Disc.1: Pero si no lo vemos es imposible que lo sepamos.

Disc.2: (*Finalmente cede*) Asegúrate antes de abrir

Disc.1: (*Hace el gesto de mirar por una mirilla*) Son Pedro y Santiago. No hay nada que temer (*abre y entran Pedro y Santiago*).

PEDRO: La paz con vosotros.

Disc.1: Y contigo. ¿Qué noticias traéis de Jerusalén?

PEDRO: Nada bueno. Parece que todo está muy tranquilo, demasiado. Creo que nos están dando confianza, para que asomemos la cabeza y cogernos a todos como peces en una red.

JUAN: Yo creo que se conforman con haber cogido al Maestro. Pensarán que sin un líder ya no podemos hacer nada, que todo se ha terminado.

PEDRO: Tú siempre has tenido la cabeza llena de pájaros. Claro que sin un líder estamos solos. ¿Cómo vamos nosotros a enfrentarnos a las autoridades y a los romanos?

DISC.2: Tal vez no haga falta que nos enfrentemos. Sólo tenemos que esperar que Él cumpla su promesa.

PEDRO: No podemos esperar eternamente. Hemos de encontrar una solución ya.

DISC.1: Eso mismo le he dicho yo. Nadie cumple las promesas después de muerto.

MAGD.: *(Como estallando de rabia contenida)* Debería daros vergüenza. Habláis de Él como si fuera un simple hombre, como si ya estuviera muerto para siempre. ¿Es que nunca tuvisteis fe en Él?

DISC.1: Calla mujer, tú no sabes...

MAGD.: Yo sé más que todos vosotros porque soy la única que se quedó a su lado, junto a su madre, cuando le prendieron como a un ladrón en mitad de la noche *(ellos agachan la cabeza pero después se organiza un murmullo de protesta)*. Yo escuché sus últimas palabras y las...

DISC.1: Eso no te da derecho a...

MARÍA: Hijos, no creo que Él aprobara vuestra discusión *(todos se callan y miran a la Virgen con respeto)* Comprendo que estéis asustados, pero no debéis perder jamás la esperanza, como yo no la perdí ni siquiera cuando me miraba desde la cruz casi sin poder hablar. "Ahí tienes a tu hijo" me decía, y yo no lo comprendía muy bien, aunque ahora lo sé. Vosotros sois sus hermanos, y debéis lograr que todos lo sean. Pero eso no será posible mientras penséis que está muerto. Debéis recordar sus palabras, debéis recordar su vida. Debéis desear que su fuego os encienda, como os encendió aquel día en el Monte cuando os enseñaba que el Reino de Dios estaba en vosotros...

(Aparece JESÚS, que sube a lo alto: sólo una luz le ilumina desde atrás. El pueblo, apóstoles, sacerdotes y romanos entran desde atrás y se congrega a sus pies en silencio. Todo está detenido unos segundos; después se hace la luz y comienza la escena: JESÚS desciende y habla entre las gentes)

JESÚS: Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados.

PUEBLO: ¿Y cuántas veces hemos de perdonar, Maestro? ¿Hasta siete veces?

JESÚS: No digas siete veces: ¡hasta setenta veces siete! Al que te abofetee la mejilla derecha, preséntale la izquierda; que alguien quiere robarte la túnica, dale también el manto. Y a aquellos que os pidan, nunca les deis la espalda.

ANÁS: Pero la Ley dice: "ojo por ojo y diente por diente". ¿Acaso quieres destruir la Ley?

JESÚS: Yo no he venido para destruir la Ley de los profetas, sino para darla cumplimiento. Hasta ahora, si os ofendíais a vuestro hermano llevabais una ofrenda ante el altar y la dejabais allí. Yo os digo: primero reconcíliate con tu hermano y luego vuelves y presentas tu ofrenda.

ANÁS: Pero la Ley dice: "amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo".

JESÚS: Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tiene? Ama a tu enemigo, bendice al que te maldiga y reza por quien te persigue; haced el bien sin esperar nada a cambio, sólo así seréis hijos de vuestro Padre Celestial. Dios no ha hecho el mundo para unos pocos, sino que hace salir el Sol sobre buenos y malos, justos e injustos. Todos sois hermanos, hijos de un mismo Padre. Por eso el primer mandamiento es: amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que estos.

APÓSTOL: ¿Eres tú el que ha venido a liberarnos de los romanos y formar un nuevo reino?

JESÚS: Yo no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. Yo soy la luz del mundo: quien crea en mí vivirá eternamente, pues mis palabras son las palabras de quien me envía.

CAIFÁS: ¿Estás diciendo que tú eres el Mesías, el hijo de Dios?

JESÚS: Ya os lo he dicho, pero no me creéis. Yo y el Padre somos lo mismo.

SACERDOTES: ¡Está blasfemando! ¡Hay que lapidarlo! ¡Ese loco se cree hijo de Dios!

(Se forma un alboroto. El pueblo se levanta y hay enfrentamientos entre apóstoles, soldados y sacerdotes; también el pueblo se muestra inquieto. JESÚS se escabulle entre la gente y vuelve a aparecer en lo alto. Habla con autoridad)

JESÚS: Yo soy el Hijo de Dios. Si no creéis mis palabras, creedme por mis obras. Decís que me siguen pecadores, y es cierto. Aquí tenéis hombres que malviven mendigando; prostitutas y ladrones; pero todos son hijos de Dios, y todos sufren y pasan hambre. He sido enviado para anunciar a los pobres una buena noticia, para dar vista a los ciegos y para liberar a

los oprimidos. No hagáis caso de los poderosos: vosotros sois la sal del mundo. Brillad por vuestras obras y mi mensaje os dará la salvación y la abundancia.

PUEBLO: ¿Qué abundancia es esa, Maestro?

PUEBLO: ¡Tenemos hambre!

PUEBLO: ¡Aquí hay gente pobre que lleva días sin comer!

PUEBLO: ¡Hemos caminado durante días por seguirte!

JESÚS: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que luchan por la paz, porque serán considerados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia, pues de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos ese día, pues vuestra recompensa será grande en los cielos.

(Todos guardan silencio. Tras esto, comienzan a retirarse. Alguien del pueblo se acerca a JESÚS y le pregunta)

APÓSTOL: ¿Qué tengo que hacer para ser tu discípulo?

JESÚS: Si quieres seguirme, niégate a ti mismo, coge tu cruz y sígueme. Los que quieran salvar su vida, la perderán; pero los que pierdan su vida por mí, la encontrarán.

APÓSTOL: ¿De qué me servirá ganar el mundo si pierdo mi vida? La vida no tiene valor en los mercados ni se gana con dinero.

JESÚS: ¡Dichoso tú, que escuchas la palabra del Señor y la guardas! Sígueme.

(JESÚS entra en escena rodeado de la gente del PUEBLO y de los APÓSTOLES; éstos intentan formar un cordón humano en torno a Jesús, pero Él se zafa y va a mezclarse con el pueblo y con EL PÚBLICO, al que se le ha repartido antes ramos para que participe. Jesús llega hasta el centro de la escena y los sacerdotes, ANÁS Y CAIFÁS salen y van hacia Él).

CAIFÁS: *(Al Pueblo)* ¿Qué significa esto? ¡Callaos! ¡Callaos inmediatamente! Estáis perturbando la paz de este Santo Lugar.

ANÁS: ¡Obedeced a vuestro Sumo Sacerdote!

CAIFÁS: ¡Jesús! Haz que calle toda esta gente ahora mismo. Están ofendiendo al Cielo con su escándalo y su griterío

JESÚS: ¿De qué iba a servir? Aunque arrancaras todas esas lenguas, hasta las piedras gritarían.

ANÁS: *(interrumpiendo)* ¿Pero cómo puedes permitir que canten y te alaben de esa manera?

JESÚS: No cantan por mí, sino por ellos, porque saben que hoy han sido bendecidos por Dios. Deja que sean felices mientras la felicidad pueda estar entre ellos.

CAIFÁS: Pueden estar todo lo felices que quieran, pero lejos de aquí. No consentiré estas blasfemias en el Templo

JESÚS: ¿Y quién te ha dado a ti poder para consentir o no consentir en la Casa de Dios?

ANÁS: Está escrito que sólo a tu Dios alabarás *(sentencia)* Ésa es la voluntad del Señor.

JESÚS: Pues créeme cuando te digo que esta gente a la que desprecias llegará antes al Reino de Dios que vosotros, porque vino Juan por el camino del Señor y ellos le creyeron, mientras vosotros ni viéndolo os arrepentisteis para creer en él.

(Los sacerdotes se apartan contrariados pero sin saber qué responder. Los Apóstoles se reúnen con Jesús, y le aborda SIMÓN el Zelote).

SIMÓN: ¡Maestro! ¿Has visto a toda esta gente? Te han tomado por su líder; si les dices que se rebelen contra el poder de Roma empuñarán las armas y te seguirán sin pensarlo dos veces.

JESÚS: Simón, no es ésa mi misión. Ni tú ni nadie comprende aún para qué he venido *(reflexiona)* Jerusalén, Jerusalén, que no crees en los que te son enviados. ¡Ojalá tu también pudieras escuchar en este día el mensaje de paz! Pero ahora queda oculto a tus ojos.

(Salen. Entra el PUEBLO. Algunos montan tiendecillas en el suelo, otros hablan o pasean mirando los puestos. Los NIÑOS juegan y corren por el medio. Según van entrando, se saludan y comentan el tiempo)

PUEBLO: ¡Buenos días!

PUEBLO: Buenos sean.

PUEBLO: Hoy no hace tanto viento como ayer...

PUEBLO: Eso parece. Ayer se nos volaron las túnicas y tuvimos que correr detrás de ellas...

PUEBLO: ¿A dónde vamos a parar?

(Entra CIEGO. Comienza a "molestar" a la gente pidiéndoles dinero. La gente se aparta de él o le ignora)

CIEGO: Deme unas moneditas, ¡por caridad! Sólo unas moneditas para comer hoy.

ANÁS: ¡Aparta! ¡No tienes a otro que molestar!

CIEGO: ¡Usted!, deme algo. Usted sí que es buena persona... Sólo para comprar un poquillo de pan...

PUEBLO 2: Lo siento, pero no llevo suelto.

CIEGO: Algo para comer... Por favor se lo pido... Por favor.

PUEBLO 3: *(Aparte)* Siempre es el mismo. ¿No se da cuenta de que está molestando?

PUEBLO 4: *(Aparte)* ¡Así no hay quien compre nada!

CIEGO: *(A Rico)* Deme algo que comer... Para un poquillo de pan...

RICO: Ponte a trabajar. Eso es lo que tienes que hacer...

CIEGO: ¡Pero si soy ciego!

RICO: Algo habrá por ahí. Lo que ocurre es que no buscas... Te tiras todo el día molestando.

(CIEGO sigue "molestando", pidiendo cada vez más desanimado. Al final se sienta en un lado apartado. Entra JESÚS. Los NIÑOS, al verle, corren hacia Él y le cortan el paso. El sonrío y coge a uno en brazos)

JESÚS: ¿A qué estáis jugando?

NIÑO 1: ¡Al que te pilló!

NIÑO 2: Y yo soy el que más corro.

NIÑO 3: No, soy yo.

NIÑOS: No, yo. ¡Yo! ¡Yo!

PEDRO: ¡Fuera de aquí! ¿No veis que el Maestro tiene cosas que hacer? ¡Vamos, apartad!

JESÚS: Pedro: dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los que son como estos es el reino de los cielos.

PEDRO: Pero Maestro...

JESÚS: yo os aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

PEDRO: Perdóname, Maestro.

JESÚS: Sé como un niño, Pedro, y encontrarás a Dios. *(Al pueblo.)* El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo. El Hijo de Dios no ha venido para mandar sobre el hombre, sino para servirle y dar la vida por él.

PEDRO: ¿Qué quiere decir dar la vida por el hombre?

JESÚS: Lo que yo te digo ahora no puedes entenderlo, Pedro. Pero lo entenderás más adelante.

(Jesús bendice a los niños poniéndoles las manos sobre la cabeza. En ese momento, Ciego, que ha intentado abrirse paso entre la gente para enterarse de qué ocurre, pregunta a uno):

CIEGO: ¿Quién es ese que habla así?

RICO: Es Jesús de Nazaret.

CIEGO: ¡Jesús! ¡Hijo de David! ¡Ten compasión de mí!

PUEBLO: ¡Calla!

PUEBLO: ¡Siempre es el mismo! ¡Es el ciego de nacimiento!

CIEGO: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Ten compasión de mí!

(Jesús aparta a la gente y se acerca a Él. El Ciego le palpa).

JESÚS: Aquí me tienes.

CIEGO: ¿Eres realmente Jesús? ¿El Galileo?

JESÚS: Ese soy. ¿Qué es lo que quieres?

CIEGO: Quiero ver todas las cosas de este mundo. Quiero no tener que pedir nunca más... Y ganarme mi pan con mi trabajo. ¡Cúrame, Jesús! ¡Abre mis ojos!

JESÚS: ¿Crees en el Hijo del hombre?

CIEGO: Dime quién es, Señor, para que crea en él.

JESÚS: El que habla contigo, ése es.

CIEGO: Creo, Señor.

(Jesús le pone las manos en la cara. Así permanece cierto tiempo. Después se aparta y el ciego comienza a ver: al principio la luz le hace daño, pero al poco tiempo mira sorprendido todo lo que le rodea. Al final, se queda mirando fijo a Jesús, reconociéndolo. Se postra ante Él)

JESÚS: Vete, tu fe te ha salvado.

(El ciego se levanta y le agarra las manos agradecido, después se marcha, no sin antes girarse y mirar atrás. Al irse se choca con el rico; éste dirige sus pasos hacia Jesús)

RICO: Maestro, ¿qué tengo que hacer para conseguir la vida eterna?

JESÚS: Ya lo sabes: cumplir los mandamientos: no mates; no robes; no mientas; no seas injusto; no cometas adulterio...

RICO: Todo eso ya lo hago.

JESÚS: Pero una cosa te falta si quieres ser perfecto: vende cuanto tienes y el dinero que obtengas dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo. Después vuelve y sígueme.

(El Rico baja la cabeza y se marcha triste y pensativo)

JESÚS: ¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja.

DISCIPULO: ¿Y quién se podrá salvar?

JESÚS: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

(Se oyen los gritos de una mujer. Entran los sacerdotes seguidos por gente del pueblo con la mujer y la arrojan a los pies de Jesús.)

ANÁS: ¡Maestro! Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. La Ley de Moisés nos manda lapidar a estas mujeres. ¿Y tú que dices a esto?

(Jesús se gira y comienza a trazar signos en el suelo. Los sacerdotes, sorprendidos, insisten.)

CAIFÁS: ¿Acaso debemos quebrantar la Ley y dejarla ir?

ANÁS: Contesta ¿Qué debemos hacer?

JESÚS: Aquel de vosotros que esté libre de pecado, que le arroje la primera piedra.

(La gente se retira; los últimos en salir son los sacerdotes)

JESÚS: ¿Nadie te ha condenado?

MUJER: Nadie, Señor.

JESÚS: Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más.

(La mujer le agradece a Jesús y sale. En ese momento llega corriendo MARÍA)

MARÍA: ¡Maestro! ¡Maestro! Mi hermano Lázaro está gravemente enfermo.

JESÚS: Ahora debo ir a otro lugar, María; después iré a curarlo.

MARÍA: Pero los médicos han dicho que le queda poco tiempo.

JESÚS: Su enfermedad no es mortal, María. Ahora vete tranquila, y espérame allí. *(María sale. Jesús se dirige a los discípulos)*. Esa enfermedad servirá para dar mayor gloria a Dios. *(Salen)*

(Después del milagro del CIEGO, los SACERDOTES abordan a éste).

ANÁS: ¿No eres tú el que se sentaba ahí a mendigar? *(El ciego afirma con la cabeza)* ¿Y cómo es que ahora tienes vista?

CIEGO: Ese hombre que se llama Jesús, me puso las manos en los ojos y vi.

ANÁS: No puede ser; ése es un pecador, no viene de Dios.

CIEGO: Yo sólo sé que antes era ciego y ahora veo, y sé que Dios no escucha a los pecadores sino a los justos. Si Él no viniera de Dios, no podría haberme dado la vista.

CAIFÁS: *(indignado)* ¿Tú te atreves a darnos lecciones? ¡Fuera de aquí! ¡Largo! *(El ciego se marcha)*

ANÁS: Caifás, ¿te has dado cuenta de lo peligroso que se está volviendo ese Jesús? Corre de boca en boca que hace signos, y la gente lo sigue por millares. Ha estado predicando por toda Galilea y ahora viene aquí a soliviantar al pueblo que se agolpa para escucharle y ya no respeta el orden ni en el Templo.

CAIFÁS: Tendremos problemas con los romanos; el procurador Pilato va a venir a Jerusalén y no le hará ninguna gracia encontrar al pueblo tan inquieto.

ANÁS: ¿Y qué me dices de los sacerdotes? Insulta nuestra autoridad continuamente. Ya has visto cómo te habló en el Templo (*completamente indignado*) ¡En el mismo Templo!

CAIFÁS: Me pregunto qué aspiraciones tiene. ¿Crees que está preparando una rebelión?

ANÁS: No lo sé; lo cierto es que siempre está hablando de amor y perdón, pero yo creo que se ha vuelto loco. ¡Dice que el Reino de Dios está abierto a los gentiles y a los paganos! ¿Te imaginas a un romano en el Reino de Dios? No puedes consentir que diga eso o será el fin de un sistema que existe desde hace siglos.

CAIFÁS: A mí lo que de verdad me preocupa es que el pueblo quiera coronarle Rey. Los romanos jamás consentirán algo así, y si no hacemos nada nos acusarán de complicidad y acabarán con la poca autonomía que nos queda.

ANÁS: ¡Arréstale! A otros nos hemos quitado de en medio por mucho menos de lo que hace éste.

CAIFÁS: No podemos con toda esa gente siguiéndole; el pueblo nos destrozaría. Se darían cuenta de que hemos perdido el control y habría un motín.

ANÁS: Entonces le cogemos en secreto y le llevaremos ante el Sanedrín. Allí tu palabra es ley y cuanto decidas será legal.

CAIFÁS: Algunos hermanos del Sanedrín simpatizan con Jesús.

ANÁS: Son una minoría, Caifás. No podemos seguir con los brazos cruzados.

CAIFÁS: Entonces lo hemos decidido. Es mejor que muera un hombre a que desaparezca toda la nación.

(Aparece JESÚS solo. Se sienta en las tarimas. Entran los MERCADERES y comienzan a poner sus puestos alrededor de Jesús. Él permanece inmóvil. Después entra la GENTE DEL PUEBLO y comienza a comprar en los puestos)

COMERCIANTES: ¡Compre aquí sus animales para los sacrificios! ¡Compre aquí sus animales para los sacrificios! ¡Túnicas de primera calidad! ¡Cambio de monedas! ¡Barato!

(Jesús se pone en pie. Después grita)

JESÚS: ¿Qué estáis haciendo en la casa de mi Padre? *(Todos se detienen y lo miran)*
¡Esto es una casa de oración y lo habéis convertido en una cueva de ladrones! *(Baja y comienza a desarmar los puestos; a la vez entran los discípulos que lo detienen)* ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

(Aparecen los SACERDOTES. Jesús les responde de espaldas)

ANÁS: ¿Cómo te atreves a expulsar a estos mercaderes del templo? ¿Acaso quieres traer la ruina a este lugar?

JESÚS: Destruye este templo y yo lo reconstruiré en tres días.

ANÁS: *(Entre risas)* Cuarenta y seis años han tardado en levantar este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? ¡Estás loco!

CAIFÁS: ¿Acaso crees que somos tontos?

JESÚS: Si vosotros oís mis palabras y no las guardáis, yo no os juzgo; porque yo no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo.

CAIFÁS: ¿Y quién te da autoridad para hacer eso?

JESÚS: Es Dios quien me dice lo que tengo que decir y hacer. El que cree en Mí, cree en Él.

ANÁS: Este loco está diciendo que es el hijo de Dios, Caifás, podemos mandar que lo maten. No tenemos por qué esperar más.

JESÚS: *(En ese momento se gira hacia los sacerdotes y se dirige hacia ellos, dejando aparte a los apóstoles)* ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que cerráis a los hombres las puertas de los cielos! Ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los demás. Estáis ciegos. Creéis que es más importante el oro que se ofrece a Dios, que Dios mismo.

CAIFÁS: ¿Dices que estamos descuidando el culto en este templo?

JESÚS: ¿Y qué importa eso si descuidáis lo más importante? La justicia, la misericordia, la fe... Esto es lo que tendríais que cuidar. Sois guías ciegos que coláis un mosquito, pero dejáis pasar a un camello. Sois como sepulcros blanqueados, limpios y pulcros por fuera; pero por dentro no sois más que huesos de muerto y podredumbre. Os esforzáis por parecer justos ante los hombres, cuando por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

(Los sacerdotes van a retirarse enfadados)

JESÚS: ¡Esperad! Decidme: ¿Cómo escaparéis a la condenación eterna? Porque yo os mandaré profetas y sabios que os mostrarán el camino de la verdad, y a unos los perseguiréis y a otros los mataréis. Recordad que su sangre inocente caerá sobre vosotros.

CAIFÁS: Insensato. Tú también morirás.

JESÚS: Sí; y quedará desierta vuestra casa. Porque a mí no me volveréis a ver hasta que no llegue el día en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor. Porque yo y mi padre somos una misma cosa.

(Salen Sacerdotes. Entra un SOLDADO romano con su CRIADO. Hablan entre los dos y, mientras el soldado se queda apartado, el criado se acerca a los apóstoles para preguntarles)

CRIADO: ¿Es aquél a quien llaman el Mesías?

APÓSTOL: Ese es.

(El Criado se postra ante Jesús)

JESÚS: Levanta amigo. ¿Qué es lo que quieres?

CRIADO: Señor, el hijo de mi amo está gravemente enfermo. He oído que tú haces curaciones milagrosas, y aunque él es romano...

JESÚS: ¿Es aquél tu amo? *(El criado duda en principio. Después afirma)* Dile que venga.

(Se acerca el soldado, que se postra humildemente ante Jesús)

SOLDADO: Señor, perdona que no me haya acercado, pero no me considero digno de salir a tu encuentro.

JESÚS: ¿Quieres que cure a tu hijo?

SOLDADO: Sí.

JESÚS: Entonces vayamos a tu casa.

SOLDADO: Pero, Señor, si no soy digno de salir a tu encuentro, tampoco soy digno de que entres en mi casa. Di una palabra y mi hijo quedará sanado.

JESÚS: ¿Tanta fe tienes en mí?

SOLDADO: Sí.

JESÚS: Ni en toda Israel he encontrado una fe más grande que la de este hombre. Ve en paz. Tu fe le ha salvado.

SOLDADO: Gracias.

(Va a salir y sale OTRO CRIADO a su encuentro)

CRIADO 2: Señor, ¡su hijo se ha sanado milagrosamente!

(El soldado se da la vuelta y hace un gesto a Jesús. Luego sale JESÚS se queda inmóvil en el centro; también los APÓSTOLES. Todos miran hacia el lugar donde se va a colocar el sepulcro de LÁZARO. La escena se realiza en penumbra. Sólo iluminada con velas que lleve el pueblo. Salen MARTA y MARÍA con una vela y se colocan frente al sepulcro permaneciendo inmóviles. Después sale el PUEBLO que acompaña la escena en silencio. Marta y María comienzan a llorar. Se da tiempo. Tras esto Jesús se acerca con los discípulos al fondo. Momento tenso: todos miran a Jesús y comentan por lo bajo. María es la primera que lo ve y se dirige corriendo hacia él. Su voz indica cierto tono de reproche en el llanto).

MARÍA: Si hubieses venido antes mi hermano no habría muerto.

(Llora a sus pies agarrándole la túnica. Se acerca Marta que aparta a María. Ésta última se aleja).

MARTA: Señor, tendrías que haber estado con nosotros... pero sé que cuanto pidas a Dios te lo concederá.

JESÚS: Siempre estoy con vosotros, Marta; tu hermano va a resucitar.

MARTA: Sé que resucitará en el último día.

JESÚS: Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Tú crees esto?

MARTA: Sí, lo creo. Creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo.

(Viendo a María, Jesús vuelve a conmoverse y va a consolarla. Marta le sigue).

MARÍA: Señor, ¿tú que le amabas tanto no pudiste evitar su muerte?

(Jesús, conmovido, hace un gesto para que todos se retiren. Se acerca al sepulcro).

JESÚS: Quitad la piedra.

PUEBLO: Señor, ya huele. Lleva tres días muerto.

JESÚS: ¡Quitadla!

(Todas las velas se apagan, salvo la que ha quedado en el suelo de María y Marta. Allí es donde está Jesús. Se acerca al sepulcro, guarda silencio y tras unos segundos alza la cabeza).

JESÚS: Padre, te doy gracias por haberme escuchado *(tras una pausa breve dice con energía)* ¡Lázaro, sal fuera!

(Una luz muy débil se ilumina dentro del sepulcro y progresivamente va creciendo. Lázaro sale lentamente del sepulcro. Después de salir se mira el cuerpo extrañado sin comprender qué ha pasado, como despertando de un gran sueño. Después mira a Jesús fijamente. Ambos se acaban uniendo en un abrazo. Marta y María se acercan también a abrazar a su hermano).

JESÚS: Quitadle las vendas y llevadle a que descanse.

(Parte del Pueblo acompaña a Lázaro. También sale María que va a por el frasco de perfume. Se acerca Marta a Jesús)

MARTA: Gracias, Señor. Hoy no solo has revivido a Lázaro, sino también a toda su familia.

(Entra María corriendo y se echa a los pies de Jesús derramando el perfume. Judas se acerca e intenta apartarla)

JUDAS: ¿Qué estás haciendo? ¡Ese perfume vale más de trescientos denarios! ¡Podríamos venderlo y dárselo a los pobres!

JESÚS: Judas, ¿acaso sólo sabes pensar en el dinero? Será mejor que lo guarde para mi sepultura. Pobres siempre tendréis con vosotros, pero aquí ya me queda poco tiempo.

(Jesús levanta a María, y sale con ella de la mano. Apóstoles y pueblo la siguen. Judas se queda solo, inmóvil, en penumbra, mirando el sepulcro. Se quita el sepulcro. JUDAS grita hacia el templo)

JUDAS: ¡Anás! ¡Caifás!

(Salen los SACERDOTES)

ANÁS: ¿Quién viene a molestarnos a estas horas?

CAIFÁS: Es uno de los que acompañan a Jesús de Nazaret.

ANÁS: Mándalo arrestar.

CAIFÁS: Espera. Veamos qué quiere.

ANÁS: ¿A qué vienen esas voces? ¿Qué buscas a estas horas?

JUDAS: Vengo a daros una información.

ANÁS: ¿Una información? Poco sabrás tú que no sepamos.

CAIFÁS: Adelante. Dinos de qué se trata.

JUDAS: Bueno... Veréis... Me juego mucho con... esa información... Esa valiosa información...

CAIFÁS: ¿Quieres decir que tiene un precio?

JUDAS: Todo tiene un precio...

ANÁS: Insolente. Viene aquí a chantajearnos. ¡Llamemos a la guardia!

JUDAS: Es sobre Jesús el Galileo.

ANÁS: ¡Ah!, Eso es otra cosa... Podías haber empezado por ahí.

CAIFÁS: Dinos de qué se trata y pondremos un precio.

JUDAS: Sé dónde podréis encontrarlo sin la gente...

ANÁS: ¿Sin la gente? ¿Seguro?

CAIFÁS: Déjalo seguir. Continúa.

JUDAS: La noche de pascua todo el mundo estará celebrando la cena, y él estará con pocos de los suyos...

ANÁS: ¿Dónde? ¿Dónde?

JUDAS: No lo recuerdo.

ANÁS: ¿Qué? Llamemos a la guardia.

CAIFÁS: Espera. Quizás estas dos moneditas... le hagan recordar.

JUDAS: ¿Dos?

ANÁS: ¿Tres?

JUDAS: ¿Tres?

CAIFÁS: Cinco.

JUDAS: ¿Cinco monedas por una información que puede salvar una nación entera...

ANÁS: Ocho.

JUDAS: ...Y vuestros puestos.

CAIFÁS: Diez. Diez monedas.

JUDAS: ¿Diez? Diez ya las robo yo de la bolsa. No es suficiente. Pensad en la información, y en todo lo que podréis conseguir después.

(Los dos Sacerdotes hablan entre sí y cuentan el dinero que llevan en sus bolsas. Tras un rato se vuelven a Judas)

ANÁS: Veinte monedas.

Judas: No es suficiente.

CAIFÁS: Es nuestra última oferta.

(Judas se da la vuelta y se marcha. Anás se desespera. Según va a salir, Caifás grita)

CAIFÁS: ¡Treinta! *(Judas se detiene)*

JUDAS: ¿Monedas de plata?

CAIFÁS: Sí.

JUDAS: *(Se acerca a los sacerdotes. Anás le lanza la bolsa del dinero. Judas la recoge y lo cuenta hasta estar satisfecho)*. Mañana, tras la cena de pascua, lo encontraréis rezando en el huerto de Gesetmaní. *(Los tres ríen mientras abandonan la escena. Durante unos segundos todo queda en penumbra)*.

(Salen los APÓSTOLES y montan la escena: varias mesas, el mantel, bandejas, velas, (...), panes y vino. Mientras unos ponen la mesa, otros se sientan apartados y hablan)

APÓSTOL: ¡Qué noche tan especial es esta!

APÓSTOL: Es la noche de la liberación. Es una noche para estar alegre.

APÓSTOL: Sí. ¿Pero no notáis triste al Maestro últimamente? (*Todos asienten*).

APÓSTOL: ¿Y qué es eso de que tiene que irse?

APÓSTOL: Es cierto. Lo ha repetido varias veces.

PEDRO: ¿Y a dónde va a ir? Su sitio está con nosotros, sus amigos. Nunca nos abandonará.

APÓSTOL: Pero se comporta de una manera extraña.

APÓSTOL: Fijaros cómo se ha puesto con Pedro por no querer que le lavara los pies. Le ha dicho que si no lo aceptaba no tenía parte con él.

APÓSTOL: Pero es que negarte a que te lavara los pies... Seguro que era por el perfume que sueltan. (*Todos se ríen*).

PEDRO: Reíos, reíos... ¿Pero dónde se ha visto que un Maestro se arrodille a lavarle los pies a un discípulo?

APÓSTOL: ¡Parece mentira que no le conozcas! Sabes que el servicio a los demás es muy importante para Jesús.

PEDRO: Si ya lo sé... Pero es que no me entra en la cabeza...

APÓSTOL: Porque tienes la cabeza más dura que una piedra.

(Todos vuelven a reír; también Pedro. En ese momento entra JUDAS pensativo. Los apóstoles callan y guardan silencio. Judas se sienta apartado y comienza a contar el dinero).

PEDRO: Llegas tarde, Judas. ¿Dónde te has metido toda la tarde?

(Judas lo mira pero no responde. Sigue con el dinero. Entra JESÚS. Todos, menos Judas, se acercan a saludarlo. Jesús abraza a Pedro para reconciliarse por lo del lavatorio. Después los mira y añade)

JESÚS: Amaos así siempre, los unos a los otros. En esto conocerán que sois mis discípulos. (*Pausa*). Y ahora, vayamos a la mesa.

(Todos se sientan. Jesús se sitúa en un extremo; Judas, en el otro. Se apagan las luces. Vuelven a encenderse. Ya han acabado de cenar. Todos permanecen en silencio. Algunos discípulos retiran los platos. Juan está recostado sobre el hombro de Jesús)

PEDRO: *(llamando a Juan)* ¡Eh!, ¡oye! Pregúntale por qué está triste.

JUAN: Maestro, qué te entristece.

JESÚS: Sé que uno de vosotros, que ha comido del mismo plato que yo, me va a entregar a los sacerdotes. *(Confusión. Judas se levanta asustado)*.

PEDRO: *(A Juan)* Pregúntale quién es.

JUAN: ¿Quién será, Maestro?

JESÚS: *(Mira a Judas)* Judas, ve a hacer lo que debes *(Judas duda sorprendido, pero acaba saliendo. Jesús se pone en pie)*. Ya os he dicho que me queda poco tiempo de estar con vosotros. Cuando me vaya me buscaréis; pero donde yo voy, no me podéis seguir.

PEDRO: ¿Y qué lugar es ese?

JESÚS: A ese lugar, Pedro, me seguirás más tarde.

PEDRO: ¿Y por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti.

JESÚS: ¿Que darás tu vida por mí? En verdad te digo que esta noche, antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces. *(Todos se inquietan. Pedro baja la cabeza)*. Pedro, no tengáis miedo. Creéis en Dios: creed también en mí. Aunque yo me haya ido, volveré a por vosotros, y os llevaré conmigo.

APÓSTOL: ¿Y cómo sabremos que volverás?

JESÚS: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Si me conocéis a mí, también conocéis a Dios. Nadie va a Dios sino por mí.

APÓSTOL: ¡Muéstranos a Dios, Maestro!

JESÚS: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conocéis? El que me ha visto a mí, ha visto a Dios. Si no lo creéis por mis palabras, al menos, creedlo por mis obras.

(Hay una pausa. Juan llena el vaso con vino a Jesús).

JUAN: Bebamos, Maestro. *(Jesús coge el vaso y el pan)*

JESÚS: Os aseguro que no volveré a beber con vosotros hasta el día que lo beba en el Reino de mi Padre. *(Alza el pan)*. Tomad y comed todos de él, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Recordad esto, en memoria mía. *(Comen el pan. Coge el vino)* Tomad y

bebed todos de él, esta es mi sangre, sangre de la Alianza nueva, que será derramada por vosotros, para el perdón de los pecados. *(Beben)*. Ha sido glorificado el hijo de Dios. *(Pausa)*. Estáis tristes. Pero aunque ahora no lo comprendáis, vuestra tristeza se convertirá en alegría; y esa alegría nadie os la podrá quitar. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Por eso os dejo un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado. No lo olvidéis.

PEDRO: Ahora sí que nos has hablado claro y no con esas parábolas que nos vuelven loca la cabeza.

JESÚS: *(Se acerca a Pedro)* Pedro, Pedro... Ya se acerca la hora. Recojamos esto y vayamos a rezar. Tengo que estar listo.

(Recogen la mesa y salen. Se oscurece todo. Salen de nuevo. Llevan velas encendidas. Los apóstoles se acomodan en un lado. Jesús a otro. Pedro un poco apartado de los apóstoles, más cercano a Jesús. Poco a poco los apóstoles van cayendo dormidos. Al final queda Jesús que se arrodilla y comienza una oración en silencio. Tras un rato, se le oye decir)

JESÚS: Padre, te he dado a conocer y he glorificado la tierra cumpliendo la misión que me has confiado. Ahora voy a ti, y mis amigos, aquellos que me has dado, se quedan solos. Cuida de ellos para que se mantengan unidos en los días difíciles que les aguardan; y que donde yo esté, estén también conmigo. *(Transición)* Ha llegado la hora, Padre, y mi corazón se llena de tristeza. Por eso te pido que apartes de mí este cáliz. Sé que todo es posible para ti; pero no debe ser mi voluntad la que se cumpla, sino la tuya. *(Se incorpora y va hacia los Apóstoles)* Sólo temo por vosotros *(pausa)*; No habéis podido estar despiertos conmigo ni siquiera una hora; pero ahora ya podéis descansar, porque llega la hora en que voy a ser entregado. *(Sólo Pedro se incorpora medio dormido. Jesús se acerca a él y le dice:)* Pedro, recuerda que como el Padre me amó, yo os he amado. Permaneced en mi amor *(Se aparta y vuelve a la oración. Aparece JUDAS con ANÁS y los SOLDADOS.)*

JUDAS: Debéis coger al que yo bese *(va hacia Jesús)* Maestro *(le besa)*

JESÚS: Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre

ANÁS: ¡Prendedle!

(Con los gritos despiertan los Apóstoles y tratan de proteger a Jesús. Luchan. Jesús sujeta la mano de Pedro).

JESÚS: ¡No, Pedro! (*Pedro duda*) Baja tu arma, porque el que a hierro mata, a hierro muere (*A los soldados*) Yo soy el que buscáis; dejad que éstos se marchen.

(Los soldados se llevan a Jesús, Juan y Santiago se marchan en dirección contraria y Pedro queda en escena, dudando entre uno y otro lado sin saber que hacer)

(Sale CAIFÁS y se sienta en un trono a esperar la llegada de Jesús. El PÚBLICO son los miembros del Sanedrín, por lo que a lo largo de la escena, habrá continuas alusiones. Entra un CRIADO).

CRIADO: Anás viene con un prisionero.

CAIFÁS: Hacedle pasar.

(Sale JESÚS, acompañado de los SOLDADOS y los SACERDOTES. Lo dejan en el suelo, los soldados a su lado, rodeado de público y sacerdotes. JUAN también entra y se esconde entre el público. Entre el Público puede haber PUEBLO y el CIEGO).

CAIFÁS: (*Levantándose. Al público*) Estimado Sanedrín. Muchos de ustedes se preguntarán por qué han sido convocados a esta asamblea, tan precipitadamente, esta noche. La respuesta es este hombre al que todos conocen. Nosotros, ¡todos nosotros!, tenemos la responsabilidad de salvaguardar la Ley, la Religión, el Poder. Todos Nosotros tenemos la responsabilidad de mantener un sistema que ha funcionado durante siglos. Todos Nosotros somos los elegidos para impedir que este hombre que está aquí arrodillado traiga el caos y la destrucción a nuestra Ley: la Ley que nuestros padres nos entregaron. Por eso estamos reunidos para juzgar a este hombre y condenarlo. Así se hará justicia y la Tradición y el poder, en el que todos vivimos cómodamente, seguirá permaneciendo en nuestras manos.

ANÁS: Lo único que tenemos que conseguir es alguien que declare en su contra. Un testigo que nos demuestre que este hombre es un peligro para la Ley y una amenaza real para

nosotros. *(Hace una pausa. Mira al público y, en las siguientes palabras, lo va interrogando, paseándose entre los bancos).* Pasemos a las acusaciones.

CAIFÁS: La primera de ellas es que este hombre lleva una vida licenciosa, y se hace rodear de pecadores. Existen pruebas fehacientes que nos muestran que el preso, come en casa de recaudadores de impuestos... Que habla con samaritanos. Que se rodea de mendigos y ladrones. Y lo que es peor...: que se hace acompañar de prostitutas.

ANÁS: Todos lo hemos visto. Ahora lo único que hay que hacer es declarar en su contra para que sea ajusticiado. Que salga alguien. *(Esperan un rato, pero nadie sale. Enfadado)* A ver...¡Usted! Sí, sí... ¿No quiere? Todos lo han visto. Todos saben que es un libertino. ¿Nadie quiere salir? ¿Nadie?

CAIFÁS: Bien, la segunda de las pruebas es que entró irrespetuosamente en el Templo, increpando a los pobres mercaderes que realizaban su trabajo e impidiendo la oración a los devotos fieles que frecuentan el templo.

ANÁS: Y poniendo en peligro toda la fuente de ingresos que mantiene en pie ese lugar sagrado. Todos estabais aquí presentes... ¡Todos! De manera que declarad y acabemos con esto de una vez. *(Nadie responde).*

CAIFÁS: *(Cada vez más contrariado)* La tercera de las pruebas es que el preso es un alborotador, un revolucionario que está engañando al pueblo para que le sigan, con milagros y mentiras, para iniciar una revolución y alzarse como rey.

ANÁS: ¿Qué será de vuestras familias, de vuestras riquezas, de vuestra comodidad, cuando tengáis que compartirlas con los pobres y los ladrones? ¿Qué será de vosotros cuando no seáis mejores que las prostitutas ni que los pecadores, porque no podáis juzgarles? ¿Qué será de vuestra fe cuando no podáis vengaros, cuando no podáis cumplir el ojo por ojo y diente por diente al que la Ley nos obliga? *(Silencio).*

CAIFÁS: Y por último, y lo más grave de todo es que atenta contra nuestra religión proclamándose a sí mismo Hijo de Dios. *(Silencio)*

ANÁS: *(entra en cólera)* ¿Es que nadie va a declarar? ¿Vais a dejar que se marche así, después de todo el daño que nos ha causado? ¿Vais a dejar que este alborotador destruya nuestra sociedad y nuestra Religión? Os habéis vuelto locos. Este hombre va a comenzar una revolución y los romanos acabarán destruyéndonos. ¿Es que estáis ciegos? ¡Vamos a perderlo todo! *(Caifás se acerca por detrás y le pone la mano en el hombro para calmarlo. Ambos se apartan y hablan por lo bajo. Después Caifás se dirige al público)* Si no hay testigos, no hay pruebas. Y podrá marcharse.... *(pausa)* Pero... Pero antes..., tendrá que negar las acusaciones.

ANÁS: ¿Qué tienes que decir, Galileo, a la primera de las acusaciones, en la cual se te acusa de llevar una vida licenciosa? (*Jesús guarda silencio.*)

CAIFÁS: ¿No quieres defenderte? ¿Tampoco con la segunda, la de profanar el templo expulsando a los mercaderes? (*Jesús guarda silencio.*)

ANÁS: ¿Tampoco niegas que eres un alborotador y que tu mensaje no busca sino la destrucción de la Ley?

JESÚS: ¿Por qué me preguntas? He hablado siempre abiertamente en la sinagoga y en el Templo. Pregunta a los que me han oído; ellos saben lo que he dicho.

SOLDADO: (*Dándole una bofetada.*) ¿Así contestas al Sumo Sacerdote?

JESÚS: Si he hablado mal, dime lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

CAIFÁS: Bien, Jesús. Sólo queda una pregunta y podrás irte. Responde: ¿eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?

JESÚS: Yo lo soy... Y a partir de ahora veréis al Hijo de Dios sentado a la derecha del Padre.

ANÁS Y CAIFÁS: ¡Ha blasfemado!

CAIFÁS: Ya lo habéis oído. No hace falta escuchar más: Se considera el Hijo de Dios. Y en nuestra Ley, eso se condena con la muerte.

ANÁS: Llevadlo ante Pilato.

(Salen todos. También Juan. La escena queda a oscuras. Sale MUJER 1 y se sienta ante la hoguera.. También hay ALGÚN GRUPO DE PERSONAS hablando en voz baja un poco apartados; en estos están la otra MUJER 2. Todo bajo la luz de las velas. Después entra PEDRO y se acerca a la hoguera)

MUJER 1: (*A Pedro.*) ¡Qué frío hace esta noche!

PEDRO: Sí. Se está levantando frío. Hay mucho movimiento por aquí a estas horas.

MUJER 1: Es por que han apresado a Jesús de Nazaret. Ahora mismo lo están juzgando.

PEDRO: ¿Y no se sabe nada?

MUJER 1: Todavía no. Pero ya llevan un rato... Oye, yo a ti te conozco.

PEDRO: No lo creo.

MUJER 1: Sí... Ya sé de qué. Tú eres uno de los que iban con Él

PEDRO: No. No lo soy.

(Sale SIERVO. Habla con un grupo y vuelve a entrar. La gente se acerca para enterarse. Después todos se alejan. La Mujer 2, que estaba en el primer grupo, se acerca a la hoguera).

MUJER 1: ¿Se sabe algo?

MUJER 2: Dicen que por ahora nadie se ha atrevido a declarar en su contra.

PEDRO: *(Inquieto.)* ¿Entonces van a soltarlo?

MUJER 2: Si no consiguen testigos... ¿Tú no eras uno de sus discípulos?

PEDRO: Yo no conozco a ese hombre.

MUJER 2: Bueno, hijo. ¡Qué carácter!

(Pedro se aparta. Las dos mujeres quedan junto a la hoguera. Entra JUDAS deslizándose como una sombra. Lleva una cuerda en su mano. Pedro lo ve antes de que salga y sale tras él; pero éste ya ha salido de escena).

PEDRO: ¡Judas! ¡Judas! *(Vuelve a su sitio ante la mirada extrañada de las Mujeres. Sale un siervo y vuelve a hablar con un grupo. Hay inquietud y van abandonando la escena. El Siervo, se acerca a la hoguera. Pedro lo reconoce y se aparta).*

MUJER 2: ¿Qué ha pasado?

SIERVO: Acaban de condenarlo. Ese loco ha dicho ante el Sanedrín que es el Rey de los judíos.

PEDRO: *(Asustado por la noticia se acerca)* ¿Se sabe dónde lo llevan?

SIERVO: A casa del procurador. ¿Tú no estabas en el huerto...?

PEDRO: *(Dudando.)* Te equivocas.

SIERVO: ¡Tú eras el de la espada! ¡Tú estabas con Él! ¡Eres uno de sus discípulos!

PEDRO: *(Asustado)* ¡No le conozco! *(Va a salir. Pero antes de salir canta un gallo. Él se detiene ante una de las velas que estaban en el suelo, recuerda lo que le dijo Jesús y se echa a llorar. Sale).*

(ANÁS y CAIFÁS llegan junto a JESÚS y los SOLDADOS. ANÁS le dice a uno de los soldados):

ANÁS: Di al procurador que salga; es víspera de Pascua y nosotros no podemos entrar en casa de un pagano.

(El soldado va a llamarle. Sale PILATO contrariado y, casi sin reparar en Jesús, recrimina a los sacerdotes).

PILATO: ¡Anás y Caifás! Es la última vez que el procurador de Roma sale a recibirnos como si fuera un criado tratando con señores. Si consideráis mi casa impura id a otro con vuestros cuentos. Estoy harto de... *(Viendo a Jesús, le pregunta a un soldado)* ¿Quién es este hombre?

ANÁS: Debes condenarle. Es un blasfemo que se hace llamar Hijo de Dios.

PILATO: ¿Acaso te parezco judío? ¿Qué me importan a mí vuestros predicadores y profetas? Pasáis la vida esperando mesías y liberadores, pero hace siglos que Moisés y David dejaron de existir.

ANÁS: Pero no puedes consentir que viole nuestra Ley, la Ley de Dios.

PILATO: Pues juzgadle según vuestra Ley; que comparezca ante vuestro Dios. Yo estoy aquí para proteger la ley de Roma.

CAIFÁS: Procurador, este hombre ha atentado contra Roma y contra el César porque se ha proclamado Rey de los Judíos. Y tú sabes que no puede haber reyes que no haya nombrado el César.

PILATO: Pero no ha provocado ninguna revuelta, Caifás. ¿Es que ha perturbado el orden? ¿Ha incitado a la rebelión política? ¿Se ha negado a pagar impuestos? *(Los sacerdotes niegan con la cabeza)* Pues entonces condenadle vosotros en el Sanedrín.

CAIFÁS: Nosotros no tenemos autoridad para condenar a muerte a nadie; debes hacerlo tú.

PILATO: Podrías lapidarlo como hacéis otras veces. Contra eso no puedo hacer nada.

ANÁS: Es imposible; sus seguidores se nos echarían encima. El pueblo nos acusaría de asesinarlo.

PILATO: Claro, es mejor que me acusen a mí. No pienso participar en este montaje.

CAIFÁS: Escucha procurador: este hombre es peligroso y nos ha desbordado, pero aún conservamos nuestra influencia sobre el populacho. Si no lo condenas a muerte te aseguro que tendrás un motín en Jerusalén. Y eso significaría perder tu puesto y la confianza del César.

PILATO: *(Por lo bajo)* Debería condenaros a vosotros *(Se acerca a Jesús, intrigado)* ¿Qué les has hecho para que estén así contigo? ¿De verdad te crees rey de los judíos?

JESÚS: Mi Reino no es de este mundo; si lo fuera, mi gente habría luchado por liberarme. Yo he venido a traer la Verdad.

PILATO: *(Más intrigado aún)* ¿Y qué es la Verdad? *(Jesús mira fijamente a Pilato que se impresiona. A los sacerdotes)* No encuentro ningún delito en este hombre. Haced con él lo que queráis.

CAIFÁS: Queremos que lo crucifiquen. Es todo lo que tienes que hacer.

PILATO: Os diré lo que voy a hacer: ya que tanto insistís, le daré un escarmiento. Unos cuantos latigazos y se le quitarán las ganas de molestaros *(Anás va a protestar pero Pilato le ordena callar con un gesto. Después indica a los soldados que se lo lleven. Sale. Anás y Caifás se van)*.

(Escena del ahorcamiento de Judas)

(Sale PILATO. Tras un momento, aparecen los SOLDADOS que traen a JESÚS maltrecho, con la corona de espinas y la túnica hecha jirones por la paliza recibida).

PILATO: *(Se lleva las manos a la cara y niega con la cabeza. Se lamenta para sí mismo)* ¡Qué barbaridad! *(Al soldado)* Di a los sacerdotes que vengan *(Salen ANÁS y CAIFÁS)* Aquí tenéis a este hombre. Con esto será suficiente.

CAIFÁS: No, procurador, no lo es. Necesitamos que nunca vuelva a abrir la boca.

PILATO: Ya he hecho demasiado; la ley de Roma me impide matar a un inocente, y no creo que vuestra Ley lo permita.

ANÁS: No hemos venido a oír consejos de moral, romano *(se enfrentan con la mirada)*. Hemos venido a terminar con un problema.

PILATO: Es vuestro problema, no el mío.

ANÁS: ¡Nuestro no!

PILATO: *(Perdiendo la poca paciencia que le queda)* ¿De quién entonces? ¿De quién?

CAIFÁS: *(Interviene moderando)* También es un problema romano.

PILATO: Ya estoy cansado, Caifás: explícate o marchaos de mi casa.

CAIFÁS: Jesús el Nazareno es un problema de orden público; se rodea de pecadores y marginados y les dice que Dios les ama y que los prefiere a gente honrada como nosotros *(Pilato se sonríe con evidente ironía)*. Si le dejas, ¿cuánto crees que tardará en levantar a esa multitud en una revuelta?

PILATO: ¿Has dicho que es nazareno? Entonces es de Galilea; llevadlo a que lo juzgue Herodes, a mí no me incumbe.

ANÁS: No queremos que lo juzgue Herodes. Es necesario que lo hagas tú.

PILATO: Pero yo no tengo por qué juzgarlo. Nada de lo que decís que ha hecho vulnera la ley romana. *(Con sarcasmo)* Si va con pecadores tanto mejor para mí, quizá quiera comer conmigo mañana y salvarme.

ANÁS: Esto no es un asunto para bromas.

PILATO: Tampoco lo es que me tengáis toda la noche despierto para que condene a un hombre que no ha cometido delito alguno.

ANÁS: Si no lo crucificas toda la gente que se ha reunido ahí fuera se amotinará.

CAIFÁS: Debes crucificarle; recuerda al pueblo.

PILATO: *(Para sí)* ¿El pueblo? *(Al soldado)* ¿No existe una vieja costumbre que me permite soltar a un preso en vísperas de la Pascua como acto de misericordia?

SOLDADO: Sí, existe esa costumbre.

PILATO: Dejaremos que el pueblo decida. *(A Jesús)* El pueblo te salvará, ¿no? *(Jesús calla)* Después de todo, tú has sido bueno con ellos *(Jesús no dice nada)* ¿Por qué no me respondes? Di que no has hecho nada, pídemelo que te suelte y lo haré. Tengo poder para hacerlo.

JESÚS: No tendrías ningún poder sobre mí si no te lo hubiera concedido Dios.

PILATO: *(Se encoge de hombros sin comprender. Mientras Pilato ha estado hablando con Jesús, los sacerdotes han indicado a algunos que se mezclen con el pueblo y con el público para decirles que deben pedir que suelten a Barrabás)* *(Al pueblo)* Como acto de benevolencia, vuestro emperador me permite que libere a un preso en vísperas de la Pascua. Los sacerdotes me han traído a Jesús el Nazareno, ¿queréis que le deje libre?

PUEBLO: ¡No! ¡Suelta a Barrabás!

PUEBLO: ¡A Barrabás! ¡Debes soltar a Barrabás!

SOLDADO: No puedes soltar a Barrabás; es un enemigo de Roma.

PILATO: Sí, pero es un héroe para ellos *(Al pueblo)* ¿Y qué hago con Jesús, vuestro rey?

PUEBLO: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡No tenemos más rey que el César!

PILATO: *(A Jesús)* ¿Oyes? Parece que tu propia gente te ha dado la espalda; pero tú no eres de aquí. Si me prometes volverte a Nazaret y no aparecer más por Jerusalén te dejaré ir. Así no revolucionarás a nadie.

JESÚS: Yo he venido para cumplir una misión; para que los hombres conozcan al que me ha enviado y sean liberados de la muerte.

PILATO: ¡Pero eres tú el que está en peligro de muerte! ¡No puedo salvarte si no colaboras! Di que abdicas de tu reino, que te retractas de lo que has predicado (*Jesús niega con la cabeza, casi compadeciendo a Pilato*). No me lo puedo creer...

(Se oye nuevamente al pueblo)

PUEBLO: ¡Crucifícale! ¡Suelta a Barrabás! ¡Crucifica a Jesús!

PILATO: No encuentro ninguna culpa en este hombre. ¿Por qué queréis que lo crucifique?

PUEBLO: ¡Según nuestra Ley debe morir! ¡Crucifícale!

PILATO: De acuerdo. Quede escrito que vosotros condenáis a Jesús de Nazaret a morir crucificado; yo lavo mis manos de esta sangre inocente (*hace un gesto para que se lo lleven*).

(Via Crucis y Crucifixión).

(Entonces se ve de nuevo al grupo de APÓSTOLES del principio. Alguien llama de nuevo a la puerta, abren y entra JESÚS, que se sitúa entre ellos y parte el pan. Todos le reconocen y se inclinan en señal de saludo al Maestro).

Tras ello, todos los que han participado se acercan para cantar el Padrenuestro.



Para cualquier consulta sobre el guión o la representación:

<http://oscarcasado.blogspot.com/>

0

eraziel@hotmail.com